

Las otras novelas de Restrepo –*De una vez y para siempre* (2000); *Amores sin tregua* (2006) y *La mujer de los sueños rotos* (2009)–, también están inspiradas en historias reales, y aunque pudieron despertar cierto resquemor entre los aludidos, no dieron lugar a reclamaciones. En cambio es posible que esas mismas historias oscuras vertidas en crónicas fielmente documentadas susciten reacciones furiosas de parte de los familiares vivos.

María Cristina Restrepo, quien conoce a fondo su oficio puesto que estudió Lenguas Modernas, Filosofía y Letras, que ha sido profesora universitaria y traductora, y fue directora del Fondo Editorial de la Universidad Eafit, prefiere recrear la realidad a su manera, acudiendo a las licencias de la ficción. Por eso le da relevancia en su relato al burdel de doña Isadora, al que acuden los más prestantes ciudadanos; y en particular a Esperanza, la ambiciosa prostituta que está enamorada de Tomás y pretende atraparlo con rezos y supercherías. En ese burdel reculan los mismos fundamentalistas que atacan a los débiles y pecadores, como Edmundo Rojas, recién casado y adalid de la moral. Mientras otro Rojas, Rafael, deja embarazada a la empleada de la casa, a quien la patrona despidió sin consideraciones, al mejor estilo de la radionovela de la época, *El derecho de nacer*.



Queda, pues, abierto el debate sobre los límites de la ficción cuando está inspirada en historias reales, más aun cuando parten de la crónica roja, como en este caso, donde ocurre una muerte en extrañas circunstancias, la inculpada queda libre por falta de pruebas, hay despliegue informativo y revuelo social. Cuando se publique el libro de crónicas que contiene “Aguas turbias”, el misterio de *Lo que nunca se sabrá* quedará revelado para los lectores que sientan la curiosidad de cruzar ambas historias para comprobar cuál

pesa más, la verdad fáctica o la verdad literaria, sometida a sus propias reglas.

Maryluz Vallejo M.

## Una mujer en el Observatorio: testimonio de la época de la Independencia de Colombia

*La francesa de Santa Bárbara*

GLORIA INÉS PELÁEZ QUICENO  
Editorial Universidad de Antioquia,  
Medellín, 2009, 139 págs.

CON UNA prosa envolvente y una anécdota cargada de sensualidad y censura, que impactan al lector y lo atrapan con cada frase, la antropóloga manizaleña, Gloria Inés Peláez inicia una magistral novela histórica ambientada en la época de la Independencia de Colombia: *La francesa de Santa Bárbara*. En medio de la oscuridad y el silencio de la noche, una mujer entrega su cuerpo a un soldado desconocido que lleva días oculto y que, para salvar su vida, tiene que huir de las tropas de Sámano por haber participado en las guerras contra la Corona española.

Así inicia una obra que se adentra en la historia de nuestra Independencia desde el punto de vista marginal de una mujer francesa, soltera, con un hijo bastardo y que, bajo la coartada de atender una panadería, ayuda subrepticamente a los criollos en contra de los españoles y el régimen oficial de la Nueva Granada, a la vez de aliviar y expiar sus miedos y los traumas causados por la guerra con una entrega sexual que se debate entre la prostitución y el misticismo.

A muchos he consolado en mi camastro y los he visto con los dientes apretados para no blasfemar, a otros, ocultando el llanto por los seres que han perdido, sometidos por el destino a continuar la guerra. Les he besado los ojos en un gesto piadoso porque mañana nadie se los cerrará cuando mueran. Recojo sus camisas que han arrojado al suelo en el desespero por

poseerme, y ya libres de su angustia los cubro como a un niño al que se le pone una prenda nueva.

La polémica salta a la vista en cada frase y la perspectiva escogida por Peláez hace que la novela logre entregar un acercamiento novedoso y sin igual a las raíces de nuestro presente como nación colombiana y que revitaliza el patrimonio cultural que significa nuestra historia.

La novela, acreedora de la tercera edición del Premio Nacional de Novela (2009) de la Colección Premios Nacionales de Cultura de la Universidad de Antioquia, y beca de creación del Ministerio de Cultura en 1996 bajo el nombre de “La vida del sabio Caldas”, comenzó siendo una narración corta. *La francesa de Santa Bárbara* era antes un cuento titulado “La mujer del Observatorio” que a su vez, ganó el primer puesto en el Concurso Nacional de Cuento Ciudad de Barrancabermeja en 1999, y que en el 2001, luego de que Peláez alargara el texto, fue incluido como capítulo en una antología de literatura erótica.

Desde sus inicios como narración corta, el escrito prometía grandeza y el resultado final no deja lugar a dudas sobre su excelencia y sobre el gran potencial narrativo de Peláez. Cada línea está cargada de personalidad y empuje, de un carácter avasallador, con una fuerza inherente que impulsa a una lectura sin tregua. No por nada, el jurado que le otorgó el Premio Nacional de Novela resaltó “la calidad literaria, la transparencia del estilo, su fluidez, la solidez de la construcción y la verosimilitud del ambiente histórico de la obra ganadora”. En *La francesa de Santa Bárbara* el lector se sumerge en un mundo que es el suyo propio, hace dos centenas, cuando los ánimos en Europa, así como aquellos que se vivían en la Nueva Granada, provocaban una tensión innegable y prometían un futuro convulsionado de resultados impredecibles.

El nombre de la francesa, protagonista y narradora, no llega a ser revelado a lo largo de la novela, pero más que un vacío, esa falta de nombre se llena de sentido en una sociedad donde la figura femenina no tenía voz y su presencia era fantasmal. Así mismo, se convierte en un recurso

literario ideal, puesto que le permite a Peláez aprovechar el recuento que hace la narradora de su vida en la Nueva Granada para conversar con los hechos históricos documentados de la época y hacer ficción de personajes y acontecimientos determinantes del pasado colombiano. Es así como la obra refiere los orígenes del estudio de las ciencias naturales en la Nueva Granada, acompaña el viaje exploratorio de los naturalistas Alexander von Humboldt y Aimé Bonpland a estas tierras, y hace un seguimiento de la Expedición Botánica, dirigida por el clérigo José Celestino Mutis; perfila a sus dibujantes y contribuidores, al Jardín Botánico y al Observatorio Astronómico con su Cámara Stellata.

El desarrollo de las ciencias naturales en la Nueva Granada es apenas un aperitivo para lo que le sigue: una narración ricamente informada acerca de las revoluciones y guerras de la Independencia en donde, más que descripciones escabrosas de batallas y restos humanos, se le ofrece al lector una mirada a profundidad de los mecanismos y estrategias políticas que determinan el desenvolvimiento de la guerra, explorando las fuerzas que se encuentran detrás de las acciones militares de ambos bandos.



El paso de las ciencias a la guerra es directo y se da gracias al prócer Francisco José de Caldas, personaje protagónico de la novela, y a una inesperada historia de amor y de pasión entre éste y la narradora. La francesa, que había llegado con Humboldt a Santa Fe, se enamora de Caldas, lo seduce e inician una relación a escondidas durante el tiempo en que ella funge como su copista. La novela en parte, aparece como resultado de un ejercicio de escritura mediante el cual

la francesa intenta rescatar la memoria de Caldas, hacerle un homenaje, y descifrar al hombre que amó sin llegar a confesárselo, es por eso que puede tomarse la biografía de Caldas como tema central de la novela y ver en éste, al real protagonista de la obra.

La historia y la ficción se entrelazan y empatan como si de piezas de rompecabezas se tratara. La francesa se convierte en testigo de la historia colombiana y refiere los escritos de Caldas, tanto los científicos como los políticos, las reuniones clandestinas de éste con Camilo Torres, José Acevedo y Gómez, Miguel de Pombo y otros criollos en el Observatorio Astronómico, entre otros, y a su vez, introduce elementos que dan más vitalidad a la historia, tal como el embarazo de la narradora, su duda inicial sobre la identidad del padre (que podía ser Humboldt o Caldas), su decisión de esconder la verdad y de tener y criar en secreto al hijo no-reconocido de Caldas.

La narradora, una sobreviviente a los atentados contra Napoleón, es una mujer de origen francés que tras las revueltas en Europa en las que pierde a su hermano, único miembro de la familia que continuaba con vida y con quien tenía relaciones incestuosas, arriba a América buscando una forma de vida idealizada sin saber cuán lejos se encontraba de ella. Con una prosa cercana a la poesía y al éxtasis, Peláez invita a hacer una lectura distinta de la historia de Colombia y a dejar de lado aquello que aprendimos de memoria en textos escolares insulsos y distantes, para adoptar una memoria vívida y sentida sobre nuestro pasado, donde los nombres de los próceres, así como de los contraventores de la Independencia, como Caldas, Montúfar, Morillo, Baraya, Nariño, Sámano, el virrey y la virreina, cobran vida y evidencian personalidades complejas.

Los hechos históricos emblemáticos que marcaron nuestra Independencia se retratan fielmente en la novela, tal como el momento de la captura de la virreina y su deshonor camino a la cárcel de la Enseñanza. Otros acontecimientos históricos, también documentados, pero menos conocidos por el público en general, aparecen retratados en el libro, tal como el eclipse de 1809 que Pedro M. Ibáñez reseña en

sus *Crónicas de Bogotá* (1989) y cuenta que la población “lo interpretó como el presagio de una época de convulsiones y revueltas políticas”.

La ambientación de la novela tampoco se queda atrás. La descripción de calles y comercios, de la vida cotidiana en Santa Fe, así como de los paisajes en Tunja y su forma de vida, menos convulsionada que la de Santa Fe, se perfilan en la novela con imágenes precisas y palpables: “Eché de ver que era viernes por el movimiento de la Calle Real; en la Plaza mayor se preparaban los puestos del mercado. Indios y orejones depositaban sus cargas en la Plaza, el cotorreo de las gallinas y el balido de las cabras pareció animarse con las campanas. Los pasos de la mula se escucharon torpemente aplastando el barro”.

Las guerras con toda la carga de sangre y violencia, escasamente se escuchan a la distancia, los muertos tan solo llegan a oídos de la narradora y su interés en la vida política de la Nueva Granada inicia apenas como un afán por conocer el paradero y la suerte de Caldas. Es solo cuando fusilan a Caldas y no le permiten a la francesa visitarlo la noche anterior, y luego de descubrir una treta que la involucra en el robo de armamento para las guerrillas criollas, que la francesa decide ayudar la causa patriota aun en contra de sus principios de alejarse de toda vida social. Y he aquí otro punto polémico e interesante en el libro: la visión religiosa y mística de la narradora frente a la vida.

Mientras duró la contienda entre los criollos, luego de declararse la independencia de España y de que Francisco José extraviara definitivamente la gloria como astrónomo y botánico para dedicarse a las artes de la guerra, yo me había apartado del mundo material, segura de encontrar el Conocimiento en la meditación y los ayunos, y mi vida transcurría en el aquietado cerco de la contemplación del espíritu.

Gracias a las enseñanzas de su madre, la narradora es fiel creyente del catarismo que entre los siglos X y XII se asentó en Languedoc, al sur de Francia. La narradora cree en la existencia de un Dios bueno y un Dios malo que instigan a la acción y une sus reflexiones religiosas, del bien y del

mal, a la pregunta sobre las guerras de Independencia en la Nueva Granada y su papel en las mismas. Con el tema religioso, no solo logra Peláez hacer la mirada de la narradora aún más marginal, sino que plantea la imposibilidad e inoperancia de establecer juicios de valor al respecto.

He aquí una mirada novedosa y neutral, aun cuando apasionada y completamente verosímil, de la época de la Independencia y de los hechos fundacionales de la nación colombiana. Guerra y revoluciones, que solemos asociar con muerte, con lo trágico y con una perspectiva esencialmente masculina, son tratadas desde la sexualidad y la sensualidad de una mujer que presencia lo ocurrido y lo registra en sus escritos. El punto de vista de la narradora es privilegiado, puesto que al encarnar la otredad en sí misma, tiene la posibilidad de atestiguar el pasado desde la periferia y a la vez, adentrarse en la historia e incidir en su desenvolvimiento. En cada página de la obra de Peláez, el lector siente el correr de sangre caliente y pasional y revitaliza su propia historia. Luego de terminar su lectura, continúa viviendo entre los personajes y acontecimientos narrados, tal como ocurre en todas las novelas dignas de rescatar y que, con seguridad, van a trascender en el tiempo.

Melisa Restrepo Molina

## Logros notables, dentro de una literatura de tercer orden, como es la colombiana

### *Escribir en Bogotá*

JUAN GUSTAVO COBO BORDA  
Alcaldía Mayor de Bogotá, Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte, Secretaría de Educación del Distrito, Instituto Distrital de las Artes (Idartes), Colección Libro al viento, Bogotá, 2011, 85 págs.

GONZALO JIMÉNEZ de Quesada, Juan Rodríguez Freyle, José Asunción

Silva, Rufino José Cuervo, Germán Arciniegas, Jorge Zalamea, Eduardo Caballero Calderón, Helena Araújo, José Antonio Osorio Lizarazo, Nicolás Gómez Dávila, Luis Fayad, Nicolás Suescún y Álvaro Rodríguez son los trece autores a quienes Cobo Borda se refiere en este volumen de título bastante indicativo. Me es inevitable pensar al respecto en un título semejante de Ramón Illán Bacca: *Escribir en Barranquilla* (1998). Y supongo que Cobo tendrá una noticia exacta de este libro del novelista samario.

Pero aunque los dos autores intentan hacer una aproximación histórica de las letras de ambas ciudades, la manera como la llevan a cabo, sus procedimientos, sus puntos de vista y sus resultados son muy distintos. Que yo recuerde, en el libro de Ramón Illán Bacca, por ejemplo, hay desde su título una intención irónica. Pues, desde él y las páginas que constituyen el libro, se reconoce una especie de tesis que se podría expresar más o menos así: escribir en Barranquilla es una acción a contracorriente. Barranquilla, ciudad portuaria y comercial, no es un lugar propicio para los espíritus contemplativos que exige la literatura. No obstante ello, hay una literatura de Barranquilla y, lo que es más increíble, hubo un Grupo de Barranquilla del que surgió la figura y la obra más importante de la literatura colombiana hasta el día de hoy.

En cambio, de este *Escribir en Bogotá*, si exceptuamos el obligado tema de la ciudad misma, de los avatares de su historia, que desfilan por buena parte de la recreación hecha por los autores seleccionados según sus circunstancias temporales, difícilmente se podría extraer una tesis orgánica. Quizá porque al parecer su autor no lo concibió así. De manera que nos encontramos ante unos textos desiguales en extensión y profundidad, quedando la idea de trabajos hechos para la ocasión, es decir, en diferentes momentos coyunturales, y que al final determinó reunir en un momento también coyuntural (tal vez el de la oferta u ocasión de publicar un volumen que recogiera sus impresiones sobre algunos autores bogotanos).

Ejemplos serían la oposición entre los textos dedicados a Helena Araújo y a Eduardo Caballero Calderón, que

en vez de constituir un análisis de sus obras más representativas se presentan como reseñas de sendos libros de estos autores, en oposición a los abordajes más completos que realiza a la obra de autores que o bien admira (Gómez Dávila u Osorio Lizarazo) o bien desdeña literariamente. Esto último ocurre en particular con el trabajo dedicado a Jorge Zalamea, de cuya obra *El gran Burundún-Burundá ha muerto*, me he permitido pluralizar una afirmación para dar título a esta reseña. La frase literal que Cobo Borda propone a propósito de este libro reza: “subsiste, como un logro notable, dentro de una literatura de tercer orden, como es la colombiana” (pág. 47).

Y, precisamente, la destaco y pluralizo porque es una frase que no puede pasar desapercibida viniendo de uno de los personajes que ha desempeñado un papel muy importante en el establecimiento contemporáneo del canon nacional y porque, sea como sea, a través de este libro, Cobo Borda hace un balance de la literatura escrita en Bogotá, capital de Colombia. Cabría decir entonces que estos autores y las obras a las que se refiere constituyen en buena medida la representación de esos “logros notables” en nuestra literatura de “tercer orden”.



El libro, en todo caso, sigue un orden cronológico. De manera que todo empieza con un texto referido a Gonzalo Jiménez de Quesada, a quien Cobo llama “El letrado fundador”. Al respecto, el crítico y poeta bogotano no registra un análisis del libro que justificaría al conquistador también como el iniciador de las letras bogotanas, y apenas referencia *El Antijovio*, la obra que justifica su presencia en este volumen como un libro concebido para rectificar otro pretendidamente histórico que